

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

QUERER DE MIEDO.

DRAM-CUENTO A GALOPE.

Es decir que la accion va á corre-que-te-cojo.

Entran en ella (en la accion) los actores siguientes:

UN NOVIO.

DOS NOVIAS.

UNA VIUDA, con deseos de noviage.

UNA MADRE, persona de gravedad (nueve arrobas de peso.)

UNA CRIADA, que no habla mas que una vez, ente inverosímil.

UN LORO, alias papagayo.

UN RELOJ.

TRES CARTAS.

Acompañamientos de muecas, sollozos, carcajadas, etc.

(En una sala con buenos muebles y dos balcones á una calle principal de Madrid, aparece una jóven muy peripuesta, que parece acabadita de sacar de un escaparate: está leyendo una carta, con visibles muestras de desden y melindre. Cerca de un balcon hay una jaula de un loro, el cual charla que se las pela.)

LA SEÑORITA. (Acabando de leer.) «Su fiel y rendido amante Crispin Crispiniano Cabrejas.» — ¿Se dará igual presuncion? ¡Cierito que era un novio á pedir de boca! ¡mamá, mamá!

LA MAMÁ. (Respondiendo desde las profundidades de la despena.) Voy, muger, voy.

LA SEÑORITA. ¡Yo con diez y seis años, y él casi de treinta! Calabazas mas solemnes que las que va á llevar el señor don Crispin, ni tampoco. ¡Mamá, mamá, mamá! (Acercándose á una puerta.) Pero mamá, ¿tiene V. la bondad de venir?

LA MAMÁ, saliendo. (Nota bene. En lenguaje de teatro, salir significa siempre salir á, no salir de: por consiguiente decir que la mamá sale es lo mismo que decir que entra en la sala donde está su hija. Y dice la consabida mamá, saliendo á la susodicha sala, ó sea entrando en ella:) Pero, Pepita, ¿á qué vienen esos alaridos que aturden la casa? Mas bulla metes que el loro.

PEPITA. No es el caso para menos, mamá.

LA MAMÁ. ¿Y cuál es el caso?

PEPITA. Que he recibido una carta.

LA MAMÁ. Por supuesto, de amores.

PEPITA. Por supuesto; pero ¿á qué no adivina V. de quién?

LA MAMÁ. ¿A que es de don Crispin?

PEPITA. ¿Cómo lo ha acertado V. al golpe?

LA MAMÁ. Porque ayer me envió una esquila á mí previniéndomelo. Mírala.

PEPITA. (Leyendo el sobre.) «Señora doña Paz Valvidares.» (Desdobra y repasa el papel.) En efecto, le pide á V. mi mano, y á mí la mano y el corazon. Pues ni uno ni otro.

D.ª PAZ. ¿Con que no te gusta?

PEPITA. ¿Cómo me ha de gustar un hombre tan sério, tan adusto?

D.ª PAZ. Contigo bien jovial anda.

PEPITA. Es feo.

D.ª PAZ. Pero buen mozo.

PEPITA. Alto y recio sí; pero desgarrado, estrafalario.

D.ª PAZ. Es rico.

PEPITA. Sin elegancia ni gusto.

D.ª PAZ. ¿Sin gusto? Para escoger novia no le ha tenido malo.

PEPITA. (Dando una mirada al espejo y sonriéndose.) Lo que es eso, vamos, puede perdonarsele; pero ¿y el haber querido ya nada menos que á tres antes de conocerme? ¿Estoy yo para suple faltas de nadie?

D.ª PAZ. Es que tú por mi cuenta ya has querido á cuatro.

PEPITA. A mí se me figura que no quise á ninguno.

D.ª PAZ. ¿Por dónde has sabido los galanteos de don Crispin?

PEPITA. Por él mismo: yo le estreché y él confesó.

D.ª PAZ. Sinceridad que le honra.

PEPITA. Si tiene unas estravagancias el santo varon... Oiga V. las necedades que ensarta aquí. (Lee.) «Sí, Pepita hermosa, V. es el único bien de mi vida.»

D.ª PAZ. ¿Es necesidad eso?

PEPITA. ¡Válgame Dios! no lo digo por estas espresiones sino por lo que sigue. (Continúa leyendo.) «Yo no me atrevo á presentarme á V. para saber mi sentencia de palabra ó por escrito; y sin embargo desearia salir al momento de tan penosa incertidumbre. V. á eso de las doce acostumbra poner en el balcon á su favorito el loro, y siempre le hace repetir unas mismas palabras entonces; yo estaré en la calle á esa hora; y si veo y oigo al ave que ha de anunciar mi destino subo á postrarme á los pies de V.; si el balcon está desierto, corro en derechura á la casa de postas á tomar un carruage que me aleje de Madrid para siempre.» — ¡Ocurrencia mas ridícula!

D.^a PAZ. Las palabras á que alude creo que serán las de ese estribillo que no se le cae del pico al loro: «Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.»

EL LORO. (*Repitiendo.*) Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.

PEPITA se abalanza á los postigos de los balcones y los cierra precipitadamente, dejando la sala á oscuras y gritándole al loro: «calla maldito, calla.»

EL LORO. Calla, calla: ¿quién te quiere? yo, yo, yoooooooo.

D.^a PAZ. No te asustes, muger, aun no son las once, y por consiguiente don Crispin no estará en la calle.

PEPITA. El reloj de los amantes siempre adelanta. Me desesperaría si hubiese acudido al reclamo.

D.^a PAZ. ¿Con que definitivamente, no quieres casarte con él?

PEPITA. Definitivamente, mamá. Don Crispin es un buen sugeto, pero no es lo que yo apetecía para marido: La que se case con él, tal vez será dichosa; pero me temo que yo tal vez no lo sería, porque eso de amor y matrimonio, según he visto en todas las novelas de folletín, cae bajo el dominio tiránico y exclusivo de la fatalidad. Ya ve V. lo que sucede con Marianita, la que está depositada en casa de orden superior. Era la muchacha mas obediente á sus padres; y de pronto se ha enamorado de su don Tomasito, y ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza. ¿Qué es lo que ha trocado á Marianita de dócil en terca? La fatalidad. Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; yo sé que voy á dar á don Crispin una pesadumbre, que le puede costar la vida, si no saco al balcon el loro; y en qué consiste que me siento con ánimo para ello, sin sentir el menor escrúpulo de conciencia? En la fatalidad, en que yo no he de ser de ese hombre. Crea V., mamá, que ni la pólvora, ni la imprenta, ni el dinero, ni aun la moda misma tienen la fuerza irresistible que el reciente invento de la fatalidad.

D.^a PAZ. Basta, hija, basta, porque entre el número de las fatalidades debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos; pero yo me he propuesto casarte á tu gusto, y así tu voto es inviolable. Abre esos balcones: yo llevo el loro al retrete.

(Doña Paz coje y se lleva la jaula; doña Pepita hace un mimo á su madre con la amabilidad propia de una niña que se sale con su gusto, abre los balcones, y luego se llega á la puerta del gabinete y dice en voz baja: «Marianita, ¿puedes oirme?»)

MARIANA. (*Que sale enjugándose los ojos.*) Aquí estoy, Pepita; ¿qué ocurre?

PEPITA. Parece que has llorado.

MARIANA. ¡Soy tan desgraciada!

PEPITA. ¿No vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿con el hombre que adora en ti?

MARIANA. ¿Adorar? Catorce quimeras hemos tenido ya en quince días. Te aseguro que el tal don Tomás va sacando un geniecito.... Y luego, cuando una reflexiona sobre el porvenir... Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria...

PEPITA. ¡Ay Mariana! ¡y te casas!

MARIANA. ¿Y qué he de hacer? mi reputacion lo exige. Además que todo lo que sufra me lo tengo bien merecido. Si yo no hubiese deseñado un partido excelente... Di, para qué me llamas.

PEPITA. Era para decirte que tengo un novio.

MARIANA. Para bien sea.

PEPITA. No hay motivo de parabienes, que aunque le tengo, no le quiero tener.

MARIANA. ¿Vas á darle calabazas?

PEPITA. Hoy mismo.

MARIANA. ¿Tiene mala conducta?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es viejo? ¿es achacoso?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es pobre?

PEPITA. No.

MARIANA. ¿Es feo? ¿Es tonto?

PEPITA. Eh, puede pasar. Tal vez tú le conozcas: don Crispin Cabrejas.

MARIANA. ¿Don Crispin? ¿Y desprecias á ese hombre?

PEPITA. ¿Te casarías tú con él?

MARIANA. ¡Ojalá me hubiera casado!

PEPITA. ¿Te ha pretendido?

MARIANA. Me pretendió, le desdené, pensé que no me acordaría de él en mi vida, y desde que miro cercano mi enlace, no se me aparta el tal don Crispin de la memoria. Yo no sé en qué estaba pensando cuando le di su pasaporte. ¡Fatalidad que la persigue á una!

PEPITA. ¡Fatalidad!

UNA CRIADA. (*Anunciando.*) Doña Dolorcitas Raspon.

(Pepita y Mariana corren á recibir á la ciudadana Dolores, que viene de luto, y mas flaca y ojerosa que el espíritu de la golosina. Se besan, se abrazan, hablan las tres á un tiempo cinco minutos antes de sentarse y otros cinco despues de sentadas, y se pasan otros cinco primero que se entiendan; en limpio, un cuarto de hora de guirigay.)

PEPITA. ¿Y cómo te va, Dolorcitas? ¿Como te sientes de tus achaques? Mas aliviada, ¿eh? se te conoce. (*Aparte.*) Debe ya estar ética en tercer grado.

DOLORES. ¿Qué sé yo cómo estoy? Dos años de matrimonio he pasado, que han sido dos años de infierno: ya se llevó Dios por fin á aquel maldito carcamal que me arruinó mis bienes y mi salud: pensaba respirar en mi nuevo estado; pero, amigas, con achaques y acreedores, de nada sirve la satisfaccion de ser viuda.

MARIANA. ¡Oh! tú te pondrás buena.

PEPITA. Podrás casarte.

DOLORES. ¡Casarme! Eso se queda para vosotras, lo que es yo viuda moriré.

PEPITA. ¿Siendo tan joven?

DOLORES. Veinte y cuatro años tengo; pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

MARIANA. No seas aprensiva.

PEPITA. Debes procurar distraerte. No te faltan amigas ni amigos.

DOLORES. ¿Amigos? Sí, buenos desengaños va una recibiendo. Conoci yo á un sugeto á quien tenía por la misma bondad, y acaba de darme un chasco... ¡de mi flor!

PEP. y MAR. ¿Cuál? ¿Qué? Expílicate.

DOLORES. Es un joven que trataba mucho á mi tutor, que se me mostraba muy fino, y... vamos, parecía que...

MARIANA. ¿Fué amante tuyo?

DOLORES. Lo fué: hice el disparate de despedirle, y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldicion me debió echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mí. No olvidaré las palabras que me dijo; no. «V. no me quiere por esposo; pero se halla en poder de un tutor astuto que tiene puesta la mira en V. y lo que va á hacer es ir espantando á esos mocitos elegantes que rodean á V. y en cuya comparacion pierdo yo; aprovechará alguna circunstancia favorable, y V. será de ese hombre libertino, malgastador y viejo.»

Palabras de profeta: punto por punto lo que después aconteció.

PEPITA. ¿Y cuál ha sido el chasco?

DOLORES. Luego que enviudé, le fui á ver casualmente á una casa donde concurría: nos hablamos, le indiqué mi situación apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo; y desde entonces... échale un galgo.

PEPITA. ¿No cumplió su palabra?

DOLORES. Las palabras fueron dos: ha hablado á mis acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aun creo que les haya dado maravillas...

MARIANA. Hasta ahora el petardo no es muy de sentir.

DOLORES. Sí lo es, vaya: vosotras no quereis entenderme. Ha visto á esas gentes; pero no me ha visto á mí.

PEPITA. ¡Ah! ya.

MARIANA. Dolorcitas, ya sabes el refrán: «cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero.»

PEPITA. Una cosa parecida he oído contar hace poco.

DOLORES. Con todo, yo tengo sospechas de que eso ha de ser un puro artificio para ver si doy mi brazo á torcer. A la casa en que le ví ya no va, he sabido que concurre á esta, y quisiera que le echáseis alguna indirectilla sobre el particular.

PEPITA. Todavía no nos has dicho su nombre.

DOLORES. ¿No lo he dicho? Estaba en que sí: es don Crispin Cabrejas.

MARIANA. ¡Don Crispin!

PEPITA. ¡Don Crispin!

MARIANA. Ese condenado de hombre tiene la fatalidad de hacer infelices á todas las que no le quieren.

PEPITA. ¡Fatalidad diabólica! (A Dolorés.) Aquí viene mi madre, que podrá encargarse de tu comisión.

(Sale doña Paz con una carta en la mano, se repiten los cumplidos y los besos de la escena precedente.)

D.^a PAZ. (A su hija.) Toma esta carta de tu prima que ha venido inclusa en otra que acabo de recibir.

PEPITA. ¡Carta de Pilar! ¡Cuánto me alegro!

DOLORES. Mientras la lees, voy á decir á tu mamá dos palabras.

D.^a PAZ. Tenga V. la bondad de pasar á mi cuarto, y de camino verá los vestidos de Marianita: la modista acaba de traerlos.

MARIANA. ¿Ha venido la modista? Vamos allá.

(Y se van en efecto la mamá, la viuda ética y la novia, con la celeridad y ansia que es de suponer entre mugeres cuando se trata de registrar sus trapitos. Pepita no las sigue, porque ha desdoblado la carta, y su contenido le ha llamado fuertemente la atención. La primita Pilar, después de pedirle cuentas acerca de los perifollos que se usan en la corte, se espresa en los términos siguientes. «Aquí en Fraga tenemos un puente de madera que á pesar de que lo construyen haciendo uso de la célebre maza, cada año se lo lleva el río. Dias pasados se ha hundido, al tiempo de pasar un carruaje procedente de Madrid; el carruaje ha caído, las personas que iban dentro han recibido fuertes porrazos y una de ellas ha muerto, que era una amiga mía. Admirate de la desgracia de esta criatura. Jamás había querido salir de Madrid, tuvo un novio establecido en la corte, y este no

le gustó; los que la obsequiaron después fueron todos de las provincias; casó al fin con un catalán, y al venir á esta tierra ha encontrado en ella su sepultura. Si se hubiera casado con el de Madrid, quizá no hubiera tenido necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo conocía al tal novio: era un don Crispin Cabrejas, de quien no sé si tendrás noticias.»)

PEPITA. (Suspirando.) Ay! demasiadas tengo.

EL RELOJ DE LA SALA, que es de los que anuncian la hora unos minutos antes, interrumpe el soliloquio de Pepita, diciendo en su lengua: «tirulí—tín, tin, ton, ton.»

PEPITA. ¡Dios mío! las doce menos cinco, y ese hombre ya estará acechando: hay que decidirse. ¿Se dará apuro mayor? A tres mugeres ha querido; las tres le han dado calabazas, y las tres han sido ó son infelices, si yo se las doy también, voy á correr igual suerte. Marianita, mal casada (porque ya como si lo estuviera;) Dolorcitas, mal casada también, y amenazada de muerte próxima: si sus acreedores han consentido en no molestarla por dos años, es porque saben que antes de uno la heredarán; á la otra que no conozco, le ha caído encima la maza de Fraga. Pues, señor, ¡estamos bien! ¡Qué maldita fatalidad! O ser mal casada, ética, ó difunta, que no sé que es peor: ó casarse con él ó renunciar á la felicidad ó á la vida. No, ¡caramba! yo quiero vivir y vivir feliz, para eso soy joven y bonita y amable y honrada y que sé yo cuantas cosas mas: así lo dicen todos principiando por el espejo.—¡Eso es: y un pimpolito como yo se ha de casar por fuerza con aquel zanquilargo, con aquel...! Pues bien está: ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él por no morirme; pero prometo aborrecerle con mis cinco sentidos.—El caso es que si le aborrezco, vivo infeliz también; y de todos modos él es quien triunfa, y yo la que peno. Está visto: no hay mas remedio que casarse con él y quererle: es preciso quererle... de miedo.

EL RELOJ. «Tín, tin, tin, etc.» Una docena de campanadas.

PEPITA. ¡Las doce! ¡La hora fatal, la hora que fija mi suerte! Ea valor. La Virgen Santísima me favorezca. ¡Ay, que no está aquí el loro!

(Parte como una exhalación á buscar el animalito, quedando la sala vacía contra todas las reglas de la comedia clásica. Mientras viene, invitamos al lector á que se asome á uno de los balcones de Pepita, y verá en la calle á un caballero de buena estatura, que inmóvil y fijos los ojos en la repisa donde se coloca la jaula del loro, no repara en que los transeuntes, de cada encuentro que le pegan, le hacen bailar como una peonza. Pepita llena de azoramiento y vergüenza vuelve con la jaula, alarga el brazo y retira el cuerpo para que no se la vea al poner al loro en su sitio, agáchase luego y le dice bajito al que ha de ser su intérprete: «dueño mío ¿quién te quiere? yo.»)

EL LORO se rasca haciéndose el sueco.

PEPITA. (Mas recio y con ansia.) Dueño mío, ¿quién te quiere?

EL LORO calla y alarga la patita á la apuntadora.

PEPITA. (Dando un pellizco al loro.) ¿Quién te quiere? yo.

EL LORO. (Sacudiendo un picotazo á Pepa.) Que no, que no.

PEPITA. ¡Maldito animal! ¿Será seña bastante el que vea al loro? Acaso no, porque el pobre don Crispin es tan suspicaz y modesto. Tendrá que

asomarme al balcon y hacerle otra seña que no de-
je duda.

(Pepita con la cara hecha un fuego se coloca en el
balcon, y su bochorno y aturdimiento han lle-
gado á tal punto que al dirigir la vista hacia
abajo, no distingue ningun objeto. Resuélvese
á mover la mano á bulto, en ademán de quien
llama, y se entra en seguida tapándose el ros-
tro con ambas manos.)

PEPITA. La cabeza le he de escaldar á ese pi-
caro vicho que me ha chasqueado á la mejor oca-
sion. ¡Y qué daño me ha hecho del picotazo! Sien-
to pisadas en la escalera; suena la campanilla;
él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegría,
de hacer por quererle. (Ensayando una sonrisa
al espejo.) ¡Huy! si se me estan saltando las lá-
grimas.

D. CRISPIN. (Saliendo con el encogimiento pro-
pio de un amante calabazado por tres veces, por
cuya razon á la cuarta no las tiene todas con-
sigo.) Amable Pepita ¿puedo fiar en la bondad de
usted...?

PEPITA. (Sin mirarle ni saber lo que se pesca.)



D.ª PAZ. (Como quien riñe de chanza.) ¡Eh!

DOLORES. (Como quien se sorprende de veras.)

¡Ah!

MARIANA. (Como quien se escandaliza de en-
vidia.) ¡Ah!

CRISPIN. Soy feliz, doña Paz.

LAS TRES RECIENVENIDAS. Ya, ya lo vemos.

CRISPIN. Pepita me quiere: ¿no es verdad?

PEPITA. Sí señor.

CRISPIN. Pepita va á casarse al punto conmi-
go: ¿no es verdad?

PEPITA. Sí señor, sí señor.

CRISPIN. Pepita hará feliz á su esposo: ¿no es
verdad?

PEPITA. Sí señor, sí señor, sí señor.

DOLORES. Pero observo que Pepita llora y que
tiembla como una azogada, cual si cediese á la

Sí señor, fiese usted. Siéntese usted. ¿Cómo es-
tá V.?

CRISPIN. En el cielo viendo esos ojos. Pero la
turbacion que observo en usted, aun (si cabe)
mayor que la mia, me llena de sospechas, de
miedo.

PEPITA. (Entre dientes.) ¡Sí, miedo! ¿quién
tendrá mas?

CRISPIN. Le tiembla á usted la mano, Pepita.
(Esto equivale a decir que se la ha cogido sin
oposicion.) Está usted toda trémula. ¡Ah! no se
anuncia así el cariño, no. Lo veo, es preciso se-
pararnos.

PEPITA. (Aterrada.) Ay! ¡Por Dios! No se se-
pare V. de mí.

(Maquinalmente ha abierto los brazos para de-
tener á su amante, que ageno ya de dudas la
estrecha en los suyos, mientras la pobre chica
llora como una Magdalena, y recibe en su frente
unos cuantos pares de besos con la resignacion
de una mártir, en cuya patética situacion sor-
prenden al interesante grupo la mamá, la no-
via y la viuda.)

violencia, cual si no le quisiera á usted.

PEPITA. (Vivamente.) ¿No querer yo al señor?
Le quiero como á mi felicidad, como á mi salud,
como á mi propia existencia. Si lloro, es que
me ha picado el loro. Vean ustedes como me
ha puesto la mano. (Por supuesto que don Cris-
pin estampa un beso en ella para que se pase el
dolor.)

D.ª PAZ. Pues, hija, no podias elejir marido
mas á mi gusto. Sé feliz con él y con mi bendicion.

MARIANA. (Reconcomiéndose como si le hubiese
picado el loro á ella.) Amen.

DOLORES. (Con gesto de catar vinagre.) El se-
ñor don Crispin hará un excelente casado.

EL LORO. (Con tono profético.) ¡Ajajay qué
regalo!

CRISPIN. Si Marianita ó Dolorcitas quisieran

servirnos de madrina...
DOLORES. Tengo que salir á tomar aires á Málaga.
EL LORO. Buen viaje.
MARIANA. Yo tengo tambien que pasar á Malagon.
EL LORO. Buen pasaje.
D.^a PAZ. Pero siempre quedaremos tan amigos todos.
DOLORES Y MARIANA. Si, sí.
CRISPIN Y PEPA. Ya, ya.
EL LORO. (*desgañitándose.*) ¡Ay qué risa, qué risa me da!

Y sin mas pormenores
 del casamiento,
 aquí acaba, lectores,
 el dramático-cuento.

J. E. HARTZENBUSCH.

EL VESTIR CONTRA EL COMER.

Romance.

Cante Villergas si quiere
 de las patatas la prez,
 y elogie Ayguals las judías
 si le parece tambien.
 Yo por mi parte no tengo
 pizca ni media que ver,
 con cuestiones de esa especie
 que me atarugan la nuca.
 Aficionado á vestir,
 si puedo, como un marqués,
 maldito lo que me importa
 comer mal ó comer bien.
 Gentes hay en esta corte
 con mas boato que un rey,
 y no tienen en su casa
 ni aun patatas que comer.
 Alguno conozco yo
 que lleva coche y bombé,
 y si come sus judías,
 las debe en el almacén.
 ¿A qué, pues, esos elogios
 á las hijas de Israel,
 ó al celebrado tubérculo
 de Robinson Crusóe?
 Lo primero es ataviar
 esteriormente la piel,
 que hacerlo por dentro es cosa
 que ni luce, ni se ve.
 Vaya usted con frac raído,
 y verá usted el papel
 que representa en el mundo,
 aunque engulla como diez.
 Vaya, usted, si dió en ser calvo,
 sin peluca ó bisoné,
 y veremos, aunque coma,
 el pelo que luce usted.
 Vaya usted al Prado, en fin,
 como Adán en el Eden,
 y allá veremos ó no
 si le echan á puntapiés.
 Por todas estas razones,

y otras que despues diré,
 extraño que dé la nisa
 tanta importancia al comer.

La comida! Linda gracia
 que la sarna sabe hacer
 tanto ó mejor que nosotros,
 y no se envanece á sé.

Estoy, pues, por el vestir,
 por ser lo solo á mi ver
 que da importancia á los hombres,
 coman carne ó coman pez.

Cuando nuestro padre Adán
 del jardin echado fué,
 (desgracia que, entre paréntesis,
 por gloton le estuvo bien,)

Lo primerito que hizo
 fué tapar su desnudez,
 arreglándose un mandil,
 que no habia mas que ver.

Tan antiguo es el deseo
 de la decencia, pardiez!
 y eso que hablaba al que todo
 por dentro y fuera lo vé.

¿Qué no hubiera dado el padre
 que hoy me obliga á componer,
 por tener un frac entonces
 para hacer pantalla de él?

¿Y qué no diera la madre
 que el fruto le hizo morder
 por ver colgar de la higuera
 una saya y un corsé?

Decida, pues, el lector
 si entre engullirse un pastel
 ó ir con las nalgas al aire,
 dudoso el partido es.

La vestimenta da al hombre
 lo que no le da el bistek,
 que es talento ó necesidad,
 y vicio ó virtud tambien.

Doctores conozco yo
 que á no verlos en dos pies
 con capirote y con borla,
 les diera cuatro, y aun seis.

A andar en cueros la gente,
 ¿quién distinguiría á quién
 en materia de mandar
 ó en hecho de obedecer?

Pero llamemos un sastre
 y vereis, gracias á él,
 la diferencia que media
 del ranchero al brigadier.

¿Cuántos generales hay
 sin mas credencial de ley
 que aquella faja que dice:
soy general: ya lo veis!

Por el vestido parece
 santa de cabeza á pies
 la que de tocas adentro
 es el mismo Lucifer.

Por el vestido es ministro
 algun abedul tal vez,
 haciendo de él la tijera
 lo que el rey no supo hacer.

¿Pues qué diré á mis lectores
 de la licencia cruel
 que hasta para hacer el mal
 da á la gente el vestir bien?

Pisen ustedes á alguno
 con zapato de rusel,
 y al decirle *usted perdone*,
 responderá: *no hay de qué*.

¡Mas ay si sienta la pata
 pastor con abarca al pié!

¿Habrá animal? dirán todos:

¿Habrá pexuñas de buéy?

Si Juanillo está en Oran

y no le acompaña Andres, todo el quid consiste en que este robó con frac, y no aquel.

¿Y por qué razon, sinó, al interrogarle el juez hablaba al uno de tú, mientras al otro de usted?

Tanto puede ya en su mente del vestido el oropel, que solo al mirar chaqueta, dice entre sí: *bribon es.*

¿Y con esa prevencion qué habia de suceder? ir Andresillo á pasear y Juan á Ceuta ó á Fez.

Por eso encargo al lector, cuando en largo de uñas dé, que si pueden ser de seda, no lleve guantes de piel.

Mas no tan solo es mi flaco pensar así, sino que aun los animales son de idéntico parecer.

Y sino, ¿por qué los perros callan al que lindo ven, y al mirar un andrajoso gruñen á mas no poder?

¿Por qué razon el caballo está lleno de altivez con su gallardo atavío, y mustio y triste sin él?

Vean ustedes ahora si el vestir merece prez, cuando así le rinde parias aun la cuadrúpeda grey.

Pero el romance va largo y es hora ya de comer, y ustedes que son tragones estarán de comité.

Coman, pues, enhorabuena hasta que se acabe el mes, que yo me voy á vestir para marchar al suaré.

Y mientras ustedes hacen obsequios al almirez, sin saber si el cocinero fué en la salsa hombre de bien,

Yo me pondré la camisa, encajándome despues un camisolin encima, por razones que yo sé.

La corbata, que en verdad aun la debo al mercader, lucirá con el chaleco, aunque lo debo tambien.

Luego vendrá el pantalon con su botin y su *aquel*, y ese *aquel* quiere decir que se comienza á romper.

El levita, obra de Utrilla, es patrimonio de tres, y como tal, esta noche me toca lucir con él.

El sombrero y el baston, botas, reloj y alfiler, ya no me acuerdo en verdad si son de Juan ó de quien.

Mas lo que no tiene duda es que, muerto mi corcel, aunque no tenga caballo espuelas me he de poner.

Nada diré de mi pelo, invencion mia tambien, y que deja atrás á Pitt y al mismo Roberto Peel.

¿Pero á qué cansar á ustedes

con tan larga pesadez? si quieren verme, ahí me tienen:



con que abur, y hasta mas ver.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

DISPARATES.

¡Gran novedad! ¿qué otra cosa que disparates podíamos esperar de tí? dirán los que tengan la costumbre de mirar como yo la firma antes que el epigrafe. ¡Alto aquí! Hoy voy á plagar mi artículo de disparates, y de disparates garrafales; pero entiéndase que no soy yo quien disparata; otros son los que disparataron, y tal vez llegue á manos de alguno de los que tienen la culpa de que disparete yo este escrito disparatadamente disparatado. Bastante dispareté hasta el día: tiempo es ya de consolarme y divertirme con los disparatones ajenos: porque está visto que todo vicho viviente está comprendido en las conjugaciones del verbo *disparatar*.

Yo dispartato
tú dispartatas, etc.

No prosigo conjugando porque todo puede comprenderse en este resumen: todos *disparatamos*. Pero en esto de los disparates hay sus distinciones. Unos *disparatamos* sin querer y otros queriendo: haremos esta separacion de materias.

DISPARATES SIN QUERER.

No hay cosa mas fatal que la distraccion en las imperfecciones morales del hombre. Ella es causa del papel ridículo que por lo regular hace en las calles como en las tertulias, el que por otra parte causa la admiracion de los que lo conocen. Un hombre sábio es siempre meditabundo, sinónimo de distraido, y un hombre distraido, así como tiene toda la frialdad hija de su enajenamiento para echar á andar por la calle con botas de montar y en mangas de camisa y saludar á los que no conoce y no saludar á los conocidos, así cuando habla saltan de su boca palabras estravagantes incoherentes, aparecidas al acaso. Esta misma distraccion le hace parecer rústico como un foncar-

ralero diciendo tal vez «beso á V. la mano» á las señoras, y «á los pies de V.» á los caballeros, ó equivocando las palabras sin sentir como alguno que yo conozco que dice *ojepto* cuando habla, y *objeto* cuando escribe; bien que esto que pertenece al número de los disparates *sin querer*, sucede muchas veces cuando el que habla fija todos sus sentidos en la pronunciación. Palabra hay que se masca cinco minutos y aun se queda alguna letra entre los dientes.

Pero estos disparates chocan solo cuando se oyen y pare V. de contar. Los disparates *sin querer* que no pierden nunca, son los del cajista, estos son los disparates generalmente conocidos con el nombre de *erratas*. Pocos ejemplos citaremos para dar á conocer la índole y la trascendencia algunas veces de estos disparates que con razón colocamos entre los inevitables.

Hablando un periódico días pasados de las fracciones en que se divide el partido progresista por decir la fracción Olózaga, ponía la *fracción* Olózaga lo cual era un disparate maliciosamente significativo. Otro periódico refiriendo una reunión de contratistas en el ministerio de hacienda, dijo: «Serian las dos de la mañana cuando los *contrabandistas* desalojaron el ministerio»; y esto de *contrabandistas* tiene una interpretación de todos los demonios. En una novela que yo lei, decía: «el niño era el *embeleco* de su padre, por decir el embeleso. Y en un diario de la oposición refiriendo como un empleado subalterno habia contestado con insultos al ministro, en vez de decir: «gran bofetón al oficio de S. E.», decía, gran bofetón al *orificio* de S. E.» (1)

DISPARATES QUERIENDO.

Los disparates suelen cometerse á sabiendas; y esto sucede mas fácilmente en la gente de talento que en los tontos. Creen algunos que el *genio* consiste en la travesura, y son traviesos ó quieren serlo, y casi siempre lo consiguen á fuerza de ensayos y de empeños. Pero las travesuras por imitación son tan pálidas é insustanciales, que con dificultad llenan una vez su objeto que es la *celebridad*. Librese un hombre travieso de no atraerse las simpatías ó las maldiciones de muchos, porque sus disparates serán calificados por la sociedad inexorablemente diciendo que pertenecen al *género tonto*. Los traviesos por instinto son vichos de mala especie, perjudiciales á la sociedad; pero sus atrocidades llevan un sello de graciosa originalidad que seduce. Dejemos este punto que nada puede ofrecer despues de lo escrito sobre él por nuestro querido Larra en sus artículos titulados: *Los calaberas*. Vamos á los disparates queriendo de la gente no civilizada; de esos disparates que los que carecen de instrucción ensartan cuando escriben, que si bien pudieran pasar por *disparates sin querer* puesto que no tienen los que disparatan obligación de saber mas, llámolos *yo disparates queriendo*, pues que hacen únicamente su santa voluntad, en vez de consultar con los inteligentes como pudieran y debieran hacer en ciertos casos.

Dejo á un lado los epígrafes y anuncios de los diarios de avisos; porque cada número daría materia para un artículo lo menos; voy á dar cuenta de algunos disparates escritos en las puertas y esquinas de muchas calles de Madrid, y alguno que sepa de otra parte, porque no creo yo que en Madrid solamente se dispare.

(1) Citamos estos ejemplos á falta de otros. No se entienda que llevamos intención en ellos, pues hemos dicho ya que la política no hace buenas migas con nuestra risueña publicación.

Aquí se asan asados, dice un rótulo de la calle de Leganitos; es decir, que el que lleve un par de capones ó conejos crudos se fastidia, porque no se los *asan* mientras no los lleve *asados*.

Aquí se pintan salones, dice un pintor en su muestra, y á fé que ni de balde habrá quien le dé trabajo, siquiera por no tomarse el de llevar los salones á su casa por esas calles de Dios dando que murmurar al mundo.

Se alquilan camas para matrimonios de caoba. Chúpate esa. ¡Qué bueno estaría un matrimonio de caoba tendido á la bartola.

Colegio de niños y niñas de ambos sexos. Ya sabíamos que habia niños de ambos sexos, porque niños es una voz como *personas* que se refiere á ambos géneros masculino y femenino: pero segun el autor de esta inscripción, niños pertenece exclusivamente al masculino, y para hablar del femenino es preciso decir niñas; y en este caso el disparate es mas enorme porque quiere decir *niños de ambos sexos y niñas de ambos sexos*; es decir, *niños hermafroditas y niñas hermafroditas*.

Tahona de Jesus y Tortas. Ya saben Vds. adonde está la tahona de Jesus y pueden ver por sus propios ojos este disparate original. Siempre he oido decir Jesus Piadoso, Jesus Nazareno, etc., pero Jesus y Tortas, nunca; porque es un apellido Tortas que solo cuadra á los tahoneros Zampa-Tortas.

En la calle del Carbon dice un letrero: *Aceite, vinagre, jabon y velas y demas comestibles*. Buen provecho hagan el jabon y las velas al que tenga buenas tragaderas, que lo coma ni mas ni menos que si fuera pechuga de perdiz ó pata de pavo.

Subida al peluquero, dice la muestra de muchas peluquerías. Tal puede ser la estatura de los peluqueros que necesite uno armarse de escalera de mano para poderle decir al oido: quíteme V. estas greñas.

Se venden cajas para difuntos completos. Esto querrá decir, cajas de marca mayor que pasen de cinco pies, para hombres y no para niños, pero la inscripción tiene su filosofía, porque quiere decir, para difuntos enteramente difuntos, no difuntos á medias. Bien sabrá el que le puso que muchos vivos son condenados por los médicos á morir enterados, y que si pudieran romper la caja y levantar la losa que les cubre, tardarian muchos años en visitar el otro mundo.

Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid. Zapatos para hombres rusos ya era disparate, porque la construcción física de los hombres rusos es idéntica, prescindiendo del tamaño, á la de cualquier otro hombre sea español, egipcio ó americano; pero lo que merece la pena de examinarse es esto de *hombres rusos hechos en Madrid*. Aquí si que viene bien aquello de *á pares como los frailes*.

En la calle del Príncipe hay una muestra colocada en tan buen lugar que lo que aparece en conjunto es:

Educación de Señoritas

ASEGURADA

DE

INCENDIOS.

¡Caramba con la tal educación! No hay miedo que se quemé, que la empresa de Seguros paga.

Aun me acuerdo de las últimas ferias de esta corte, donde entre otras cosas vi unas botas de montar de las cuales pendia un papel que decía, ni mas ni menos que si las botas hablaran:

Nos venden.

Solo faltaba que hubieran añadido ¡traicion!

Es muy natural esto de llamar á las calles y plazuelas que desembocan cerca de los Consejos ó de

las Cortes, calle de las Cortes, calles y plazuelas de los Consejos; pero es gracioso que estos respetables nombres desciendan á dar tambien su denominacion á tiendas y despachos de cualquier género. Yo he conocido un *Café de las Cortes*, y esto es algo verosímil porque pueden muy bien los representantes de la nacion tener un café inmediato que les mate la sed.... pero y qué diremos de la *Taberna de los Consejos*? Esto puede entenderse de dos modos, ó taberna que surte de vino á los Consejos, ó taberna donde se dan consejos. En el primer caso, ¡iludidos estaban los consejeros! y en el segundo caso, ¡medrados estarian los aconsejados! Este letrado ha desaparecido por fortuna.

En Salamanca el año 33 habia el siguiente: *Cirujano y comadron de los voluntarios realistas*. Se entiende que seria cirujano de los realistas y comadron para las mugeres; pero él no se anduvo en chiquitas, y por si acaso ocurría un lance milagroso, quiso que los realistas de Salamanca, tuvieran comadron á quien poder mandar.

En la calle de Atocha, frente al cuartel de la Milicia Nacional, hay un zapatero que tiene una muestra con varios zapatos pintados á cada lado de la puerta. La de la derecha saliendo de la casa tiene la cuarteta siguiente:

Si deseas equidad
la que los tiempos exigen,
no dudes tomar la entrada
pues no hay duda que aqui sirven.

En la otra muestra hay una mano pintada apuntando á la primera que está diciendo:

Lo que *aquel* dice es verdad;
y para hacerlo evidente
ninguno va descontento,
aunque suba mucha gente.

Cánsome de disparates y voy á concluir con una reflexion que tal vez será disparatada, pero que yo tengo la tontería de pensar que no lo es. Mas que tanto arbolado, por mucho que engalane la poblacion, y mas que tanto empedrado y mejora de lápidas y faroles, por mas que sirvan de adorno y comodidad, importa á la capital de la nacion el dar idea de civilizacion y cultura. ¿Porqué no remediar entouces estos disparates que tan mal concepto pueden hacer formar á los estrangeros de nuestros adelantos? — ¿Y cómo evitarlos? dirá el ayuntamiento. — Muy sencillamente, respondo yo. ¿No tienen ustedes empleados que sepan ortografia y gramática? Pues establezcan una comision de censura y obli-guese á todo el vecindario de Madrid á que no escriba una letra en la pared, sin el visto bueno de dicha comision. Se contestará que los empleados tienen ya su negociado que les ocupa mucho; y yo replicaré que en un cuarto de hora se pueden revisar todos los letreros que se hagan en medio año para Madrid. Digo esto para que no se entienda que trato de crear una oficina con el santo fin de que me den un empleo, porque á la hora esta ni le necesito ni le quiero. Hasta otro rato.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

AMBIGÜ.

MANUAL DEL COCINERO Y COCINERA.

Sopa de carne.

Córtense en tiras menudas ó en pedacitos zanahorias, nabos, puerros, apio, patatas y cebollas, iguales partes de cada cosa, se picará una lechuga acedera y perifollo, echando todo en manteca, y humedeciéndolo con cantidad suficiente de caldo de carne. Póngase despues á una lumbre templada hasta que todo se cueza perfectamente, y se echará en una sopera, en la que haya de antemano cortezas de pan, fideos ú otra cualquiera pasta, y mucho mejor una corta cantidad de fécula de patatas. Se puede hermostear este guiso con las estremidades de espárragos ó guisantes tempranos, segun la estacion.

Otra de vigilia.

Se compone como la anterior, con la diferencia de servirse solamente de agua, á la cual se añade la manteca de vacas necesaria, ó mucho mejor el caldo de vigilia. (Véase *cocado de vigilia*.)

Macarrones.

Cocidos los macarrones en caldo limpio con sal, pimienta y nuez moscada raspada, se sacan y ponen en una cazuela con manteca de vacas y queso de Parma ú otro de Holanda, cortado muy menu-

do con pimenton y un poco de crema; y cuando el queso empieza á hacer hebras, se echan los macarrones en una fuente, y se les empana con miga de pan mezclado con pan rayado. Se les echa luego manteca caliente y se da color á todo, ya por medio de horno ó con una paleta hecha ascua.

Cebada aljofarada.

Así se llama la cebada mondada: despues de lavarla con agua tibia, se la deja remojar algunas horas para cocerla despues con leche ó caldo añadiendo la sal correspondiente. Aumentando el liquido en que se cuece, espachurrando la cebada; y pasando todo por una servilleta ó tamiz, se obtiene lo que se llama vulgarmente crema de cebada ó puches, que en bebida no deja de ser nutritiva. Cocida la cebada solamente con agua, y pasada como va dicho, constituye á proporcion de la consistencia que se la dé, un alimento ó bebida sustanciosos; pero es necesario aromatizarla con agua de flor de naranja, y echarla azúcar ó sal, segun se quiera, para que no sea insípida.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.